

843

BIBLIOTECA DE "EL UNIVERSAL"

PG 2607  
LEON A. DAUDET

A. A.  
V. 6  
1896



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
CAPILLA ALFONSINA  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

1881

## EL VIAJE DE SHAKESPEARE.

El 10 de Agosto de 1584, *El Triton*, mandado por el capitán Blacknaff, salía, a las cinco de la mañana, con las velas desplegadas, del puerto de Douvres, con destino á Rotterdam, á buscar especias.

De pie, en la proa, los ojos fijos en el inmenso horizonte, un joven, de rostro fiero y de mirada deslumbradora, se dirijia, como quien se mira en un espejo, á la parte reflexiva de sí mismo:

¡Quien soy yo, débil armazón de huesos, músculos y sangre, á quien llaman William Shakespeare; quién soy yo? En este momento el gozo me da forma, puesto que la libertad me arrastra. Tongo 20 años. Esas vírgenes costas que se alejan, desiguales, delgadas, á las que el abismo cálido del mar sopla su aliento de bruma, son mi patria y mi casa. En ellas dejé mi dulce mujer y dos pequeños seres, cuyo léxico todo es el grito de la leche. Allí están mis usos y mis recuerdos, paisajes caídos de mis ojos. Pero he sentido hervir en mí una fuerza. Tomaba la figura de una mano dirigida hacia lo desconocido y hacia el misterio. Y una voz vieja me aconsejó mezclarme al torbellino de las cosas y los seres. Para mí suena una hora memorable. Cielos sin nubes, yo es abrazo con alma nueva.

El día anunciábase tropical. Las relaciones de los elementos cambiaron porque el sol pareció desbordarse sobre el Océano, como una cuba de plomo fundido. El horizonte humeaba á lo lejos. Pero una brisa fresca vivificaba la arboladura de *El Tritón*; el agua susurró, estremecida, sobre sus costados que se inclinaban. La nave parecía alegre también.

El capitán Blacknaff se hallaba por todas partes á la vez. Daba órdenes seguidas á sus seis hombres de la tripulación, consultaba el viento y la marea, y formando una especie de anteojo con la mano sobre las cejas, inspeccionaba el horizonte. Era un mocetón, sólidamente construido por Baco y los Silenos. Su cabeza era huesosa. Sus arrugas (tenía 50 años) sembradas de un pelo rojo, eran el relieve y como el molde de una contracción gozosa de la cara, porque la risa, ancha, ruidosa, tempestuosa, formaba la sola manifestación vital del capitán Blacknaff, célebre á lo largo del Támesis por su alegría inagotable. Su risa era intermitente: primero, un sacudimiento de toda su persona, sacudimiento que partía de los pies á la cabeza, por las columnas de sus pantorrillas, transmitiéndose al edificio del torso, hinchando el cuello y azulando las venas; después, una dilatación general de la cara en donde los ojos y la boca se desplegaban, ésta descubriendo treinta y dos colmillos intactos tras una barba blanca. Todo esto acompañado de un ruido semejante al del trueno, grasiento, gozosamente ronco, á gritos sucesivos. Por fin, ese cataclismo se apaciguaba lentamente por la clausura de los orificios y la cesación del trueno. Pero apenas representada, volvía á comenzar la comedia, por la causa más pequeña y algunas veces sin causa, ó por una causa inversa, porque la risa expresaba todas las pasiones del capitán; la cólera al igual de la alegría, la lujuria y el temor, el frío y calor, el hambre y la sed que tenía excesivos y contradictorios y á los cuales se entregaba sin la menor vacilación.

—¡Eh, Cock! ¡Vemos, muchachos! ¡Izad éste también! ¡Al timón, Fred! ¡Al timón, becerro de luna, al timón!

Estos ladridos sacaron á Shakspeare de su ensueño; resonaron en él con un poder tal, que se quedó como sacudido y tuvo en seguida la imaginación poblada de naufragios y batallas,

especie de oscuras pesadillas, de las que hubiera podido, por un esfuerzo de su voluntad, sacar fragmentos ensangrentados y personas jas distintos. Así lo real despertaba en su espíritu tales sueños y tan obsesiones, que confinaban á veces con el sopor en su cerebro. Pero vió á Fred al timón, y Fred fué para él una revelación.

Aquel á quien el capitán Blacknaff trataba perpetuamente de *ternero de luna*, era un enano monstruoso, de cráneo desproporcionado, cubierto de verrugas y de protuberancias que constituían su verdadera fisonomía. El cuerpo era flaco y los hombros cuadrados, las piernas torcidas, los brazos indefinidos, terminados por gigantescas paletas. Shakspeare, en plena luz, en pleno relive, en pleno goce de libertad, saboreó largamente ese horror de sér. Lo deformó de mil maneras, hizo de él un ejército de liliputienses, una raza de *gnomos*, un sólo *gnomo* semejante á un dios, algo nuevo, algo horrible de la humanidad. Fred, por sí sólo, oscurecía el brillo de la naturaleza. Llegaba á ser el espíritu del mal y de lo feo, el enfadoso destino que vigila la cuna de los niños, los granos de los árboles, los guijarros que harán la roca, y presagian, en el hueso de las cosas, su destrucción. Ese timón que él manejaba con su pata esquerosa, era, en efecto, el timón de la nave terrestre lanzada en los espacios estelares. Sus compañeros se habían acostumbrado á aquella deformidad, ya no le refan. Sin embargo, observaba, á la sordina, sobre ellos. Así tampoco, vemos nosotros al demonio que circula á través de nuestros proyectos y nuestros grupos.

—Oye tú, pasajero—gritó el capitán—puedes decir que tienes suerte! Vaya un tiempo, de manteca y miel! Si esto continúa, llegaremos á Holanda de aquí á dos días. Otros dos para el cargamento, y vuelta en la semana pasada. Vendrás también tú? ... No? Harás mal. Cuando traemos las especias y el cielo es claro, es un paraíso. El cargamento embalsama. La vez pasada, yo tenía conmigo una linda chica.... Atención, Bob. Qué vela es esa que viene por allá abajo? Muchacho, trepa á los obenques.... Una linda chica, de este país, redonda y rosada como una manzana. Durante la noche, bajo las estrellas, para

hemos amado tres veces, entre el aroma del tomillo y de la pimienta.

Y se echó á reír.

—Pero en fin, como te llamas, camarada?

—William Shakespeare, de Stratford-sur-Avon.

—Y qué haces?

—Comercio de palabras. Y mi padre el de lanas.

—Ah, pillete! eres un haragán y un parlanchín. Eso es lo que te ha dejado calvo. Cuándo me darás las dos monedas de oro?

—Si quieres, en seguida.

El joven reflexionó que tenía 200 libras en su cinturón y que ese tesoro tardaría en agotarse.

—No corre prisa. Tengo confianza en tí. He conocido un Shakespeare, vendedor de granos en una callejuela del Bankside, famoso bebedor. Murió en una noche de tempestad; no se ha sabido nunca cómo. Sin duda sería pariente tuyo.

—Sin duda.

Shakespeare estaba apoyado á un mástil. Escuchaba, gozoso, el soplo del viento en las cuerdas. Aquella arpa le tocaba un ária de aventuras. Frente á él, el capitán oscilaba sobre sus piernas apartadas, hinchado y vasto como un barril. Aquella robusta cara, bajo el gorro de lana destefida, era un paisaje móvil, y el joven lo detallaba, como si se hallara ante un insecto que se paseara entre las arrugas de la frente, los matorrales rojos que tenía cerca de las narices, temiendo aquel antro. Se sentía estremecerse de placer, contemplando por contemplar y sin explicación posible, porque cual es la razón de una carota abultada de marino en un día de verano, por la Mancha! Se fijó en el infinito detalle: la forma ancha, hueca, la madera negra y pulida de *El Triton*, las viejas velas remendadas, que hincha el beso del viento, las cuerdas útiles y usadas, las siluetas de los marineros contra el sol, entrando en fusión á cada leve gesto.

El poeta sabía que las vistas generales, las vehemencias, las salidas líricas, reclaman sensaciones meticulosas. Esos ruzmiantes gigantescos se alimentan de avena cotidiana.

Entre tanto el capitán Blackassif y su tripulación examinaban muy atentamente la arboladura señalada á Bob hacia un momento.

Ya las opiniones diferían.

—Es un español.

—No; es más allegado que ellos.

—Quizás un corsario.

—Estaría ya encima de nosotros.

—Entonces un holandés.

—Veremos.

No se vió nada, porque la gaviotita viró de lado y desapareció.

En seguida, cayó el viento. Las velas, chasqueando, cada vez con más suavidad, llegaron al inmóvil silencio. El agua cesó de zumbir á lo largo de las portas. El horrible Fred se sentó con su maléfico rictus, sobre una barra. *El Triton*, semejante á un cadáver, se quedó inmóvil en el mismo sitio, como el inquebrantable testigo de esa súbita calma.

—¡Vaya un retraso, un maldito retraso!—grufía, riendo, el capitán.

Sus hombres mevían la cabeza, como si ya no creyeran en la brisa. El capitán continuó:

—No acudamos todavía á los remos. Algunas veces se levanta del Oeste cuando nadie lo espera.

Los menores pliegues desaparecieron en la amplia extensión del mar. El arbor del sol hizo del horizonte una rábana incendiada, y de la atmósfera un palacio de fuego. El más pequeño fragmento de metal brillaba, chisporroteaba y quemaba. El Océano se cambió en espejo, para que en él se contemplaran la fuerza del fuego y la multiplicación de las chispas.

—Esa es la puerta del infierno—repitió Cook, un viejo marino de cara honrada.—Casi siempre, á esta hora, y en esta estación, los diablos se deslizan sobre las olas y se llevan á los navegantes.

—Cállate, vieja foca—replicó el joven y escéptico Tom.—Los diablos son españoles, con sus gorros rojos y sus gritos de cer-

dos. Pero—afadió enfático—para exorcizarles tenemos mosquetes y pólvora.

—Ah! ah! pretenciosol

Y el capitán se encogió de hombros.

—Son famosos marineros. Lo mejor, cuando se les encuentra es saludar y obedecer, ó si las velas son buenas, seguir adelante. Yo he sido prisionero de ellos durante cuarenta y ocho horas. Y sé lo que es eso. Me habían obligado á besar una medalla de la Virgen y colecciones de santitos y sentía temblar mi piel sobre mi esqueleto. Había uno que parecía el jefe y que me hablaba una jerga incomprendible. Acabaron por soltarme después de diez tratos de cuerda en las cadenas. Aquí se me han quedado como salchichas, donde acaba la espalda.

Y resonó la enorme risa.

Shakespeare no escuchaba. Estaba absorbido por el mar. Comprendía el maravilloso destino humano que concentra la mayor cantidad de esas chispas emigradoras y puede moverse en todos los destinos inferiores, pensarse ola, pez, medusa y roca, vivir realmente en el corazón de la naturaleza. Pensaba en la parte mineral inerte y brillante, no explotada, de la cual mucho fiñon dormía perezoso en su cáscara. Las plantas eran las ideas que corrían, se deslizaban, se arrastraban, se enredaban las unas en las otras, coloreadas ó grises, vivaísimas, fecundas, alrededor de las cuales zumbaban irregulares insectos, salidos de ellas y alimentados de ellas también, ideas intermedias que voltean de una á otra vibrantes. Había áboles, matorrales y selvas, y los animales rodadores, fieros ó mansos, aparentes ú ocultos, eran grupos de ideas, fórmulas, sistemas de ideas, sentimientos gruesos ó delicados. Subía así la serie hasta el hombre, hasta él mismo; es decir, la unión de millares de hombres, una partícula de la humanidad reproduciendo el conjunto. Y todo aquello era luminoso, abriantado por el regío sol que gobernaba la fantasmagoría, lanzándole á cada instante la energía necesaria para que se mantuviese recto y poblado de figuras.

Y Shakespeare se atontaba de la fiebre que aquel cambio traía á su cerebro, tan vivo, que en algunas horas había dado

la vuelta á más ensueños que en un sueño á Stratford-sur-Avon. Y el círculo de esos ensueños era tal, que si por vagos y tenues que se hicieran, conducían siempre al hombre y su carácter. Aquella frase de Stratford le asombró como una expresión ya ligera y que no hacía latir su corazón. Volvió á ver la cara de su padre, la de su esposa, con los pliegues inquietos que tenían en el momento de la partida; volvió á ver el último aspecto de la apacible casa, el perro que movía la cola junto á la puerta, un rayo de luz y un bulto olvidado allí. Oyó el tic tac del grande reloj. Volvió á ver la emoción que amontonaban en él esas menudas circunstancias, y hubiera sabido expresarla con ayuda de palabras rejasadas con lágrimas y vitranes; pero no pudo revivirla. Seguía en el estado de espectáculo. El presente le absorbía demasiado para que se prestase sinceramente al pasado. Se felicitó de ello. Comparaba los corazones abrumados por el recuerdo, á esas mujeres que, bajo los besos, se componen siempre otro amante que el que aprietan entre sus brazos mojados de sudor. Hubiera deseado darse á la naturaleza inmediata como un árbol, como una planta e hincharse de una savia actual.

Los marineros preparaban su comida. Con hachitas separaban los trozos de un pescado que hundían en seguida en agua salada. Cook fué á buscar dos jarros de cerveza envueltos en un trapo húmedo á fin de que estuvieran siempre fríos. Otro cocía un pedazo de carne.

—Vas á comer un gran almuerzo, compañero—dijo el capitán Blackuff—un almuerzo como el de la reina en día de fiesta! Já! já! já! servido por los soberanos de las olas y las sirenas, bajo un techo de oro macizo. Pero esta calma chicha me espanta. A veces me he estado al paio dos días. Y entonces es un desastre. Apenas si tendré con qué pagar mis hombres.

—R memos, capitán.

—No habrá más remedio; pero es duro. A la mesa, ¡já! ¡já! A la mesa. Y que el Dios de la brica nos proteja.

Y miraba, con aire de súplica irónica, las velas inmóviles y lácias. Se sentó con sus marineros é invitó á Shakespeare para que se sentara á su lado. El poeta evitaba, asqueado, el aspecto de Fred quien servía la mesa y saltaba sobre sus patas

torcidas. Las rudas guesas no le atraían ya. Esas caras curtidas, esas manos tendidas hacia el alimento, esas rudas quijadas masticando, despertaban en él escenas de canibales, de infortunados perdidos en el mar y reducidos á devorarse los unos á los otros. Había oído contar cosas semejantes, cuando era un niño, en las veladas familiares, en la estrecha tienda de su padre, en donde la lámpara gruñona derramaba un olor inolvidable, análogo al olor de la carne que ahora veía sobre la mesa, y se complacía en suponer fases de terror y rebelión, y luego, otra habitual como la de ahora, porque á través de las fuertes sacudidas, la naturaleza tiende siempre á la calma. ¡Qué efecto dramático no hubiera sido una asamblea de apacibles camensales en que no se comprendieran sino á breve y tardías réplicas la naturaleza y la necesidad de platos cortados por ellos sobre la carne de sus semejantes! Al llegar á este punto de su ilusión tuvo una sonrisa íntima. Uno de los marineros repetía con una obstinación de bruto:

—Mi trozo estaba demasiado cocido; mi trozo estaba demasiado cocido!

Entonces Shakespeare tuvo la curiosidad infantil de conocer las partes blandas del temperamento de esos siete hombres con quienes iba á pasar dos días. Juzgaba bien, según las apariencias, al uno risueño, al otro cobarde, á éste fioco, á aquel animoso; pero eran suposiciones frágiles. Deseaba, esperaba algo de profundo, de revelador, porque había notado que un ser pronuncia de pronto una frase que le abre por completo, mostrando el eje de su destino, ó trazando al aire, como un pájaro, una mirada, un gesto, según el cual se podría dibujar su vuelo hacia la muerte. Y su temor de lo trágico le hacía espiar, incesantemente, en la faz de sus interlocutores, esas confesiones resacas y preciosas. Esa codicia era causa de que no desdijese á nadie, ni bateleros, ni cazadores furtivos, ni vieja idiota chocha, encontrada de noche en el camino de Stratford, ni jovencito tiritando de miedo al caer la noche, ni prostituta rondando al rededor de un cementerio, visto que de la señora á la ramera y del señor al mendigo cada uno tiene su milagro—la puerta

y la llave del milagro—es decir: un alma individual que divulgar en un momento que es como una apoteosis.

Se dirigió al voraz Blacknaff quien se hallaba cómodamente instalado sobre un escabel, mientras su tripulación estaba acurrucada—á la desbandada—al pie de los mástiles y cerca de las portas:

—Capitán, por qué no nos cuenta, para ocupar la calma, alguna aventura de su existencia marina? usted ha debido ver cosas tan extrañas!

El coloso, halagado, detuvo los movimientos de masticación que agitaban su barba bañada de sol. Limpicse la frente con su mano ruda de dedos peludos.

—A fé mía, tienes razón. He andado tanto, ¡jal jal! y corrido tanto bajo cielos tan diversos, que ya no sé bien si he soñado mis viajes. A veces me golpeo el cuerpo para probarme que estoy vivo y esos golpes me recuerdan otros que he recibido. Tal como me veis, hijos míos, yo era un terrible batallador y el que le buscaba las cosquillas á Blacknaff, el verdadero, al Blacknaff de veinte, treinta y aun de cuarenta años podía decir en seguida que no se las había buscado á una vaca. ¡jal jal!

Su ascha cara de pómulos salientes fué torcida por su risa violenta, y sus marineros le imitaron, tanto por adulación como por interés, porque semejante prelude anunciaba ordinariamente maravillas. Los estómagos llenos disponíanse á la beatitud y las jarras de cerveza estaban completamente vacías. Cada cual tomó una postura cómoda y pintoresca. Unos se extendieron. Otros se levantaron. El solo pareció estar atento.

Blacknaff prosiguió:

Yo tenía 23 años y ya había hecho seis viajes, sobre todo uno con el famoso Thom Riwdaek, de quien ha oído usted hablar, de seguro, porque después de haber sido un leal súbdito del rey, se hizo corsario y fué ahorcado. Murió como un valiente, jurando y blasfemando como en vida, no sin haberme dejado este cuchillo que él llevaba siempre al cinto, y que si pudiese hablar, hablaría de las gargantas y costados que abría como ostras.

La hoja que sacó el capitán brilló y todos la admiraron.

—Yo estaba fatigado de las expediciones a las islas y me embarqué, gezo, sobre una tablita como nuestro Tritón, que iba tranquilamente á buscar pasto á Glasgow. El capitán era un hombre muy tranquilo, precisamente lo contrario de Thomas Readwick. Tenía miedo de todo; del agua, de los peces, de las gaviotas, del viento, de la marea, y en cuanto el tiempo se oscurecía, persignábase. ¡Ja! ¡ja!

Las groseras risas del auditorio respondieron como un eco, á las de Blackstaff.

—El pobre diablo fué servido, porque á mitad del camino, estallaron la tempestad y los truenos dejándonos desamparados, flotando como una boya, sin alimento y sin fuerza. Además, se alzó una bruma que duró no sé cuánto. Nuestra brújula parecía poseída del demonio. El capitán pausaba el tiempo rezando; yo, aunque muy joven, tomé la dirección del navío; es decir, me hallé en brazos del destino, porque ya no teníamos ni mástiles ni velamen. Solo un par de remos y un trozo de timón del tamaño de un chicote. Por fin se alzó la bruma y nos pareció que soñábamos. Nos vimos ante una costa desconocida, cubierta de magníficos árboles; una especie de puertecillo nos tendió los brazos, lo que nos hizo presumir que la isla estaba habitada. Desembarcamos los cinco marineros, yo y el capitán, y nos pusimos en marcha por entre una selva, en donde cantaban multitud de pájaros invisibles.

Shakespeare observaba las atentas caras y los pliegues llenos de preocupaciones de las frentes y las sienes.

—Después de caminar algunas horas, nos sentimos extenuados é hicimos alto en un raso, olvidados de todo y pensando en la muerte, pero en una muerte deliciosa, porque había una luz azul y rosada que no he vuelto á ver más nunca y el hambre y la sed habían cesado de torturarnos. Estábamos como abotagados. De pronto oímos resonar trompetas. A nosotros se acercaba una comitiva de ricos señores y de bellas damas montadas sobre caballos blancos llenos de oro y pedrerías. Se detuvieron. El que parecía el rey llevaba caballos blancos, un cetro terminado por un carbunclo y con gran aspecto de sabiduría, nos

preguntó por nuestra nación y por la circunstancia que nos había arrojado en sus Estados. Respondí lo mejor que pude. Cuando hube acabado mi relación, hizo señas el príncipe á algunos señores, quienes nos subieron sobre sus caballos, y fuimos llevados á una ciudad, donde pasamos cerca de un mes en medio de las delicias de todas clases. Nuestros huéspedes eran bellos y buenos y no se ocupaban mas que del amor. La ciudad estaba construida por grandes terrazas sobre las cuales los hombres y las mujeres se abrazaban percozamente habiendo licorres divinos; tan divinos, que después de haberlos probado tenía uno ganas de morir abrazado á su querida. Todavía tiemblo pensando en eso.

El capitán ya no se reía. Su mirada era fija y ardiente. Su cara se ennoblecía con ese recuerdo singular.

—Esos seres vivían como hadas. Ignoraban el odio. No tenían ni sacerdotes, ni jueces, ni médicos, ni soldados y nadie era amo de nadie. Obedecían al viejo que me había interrogado, porque pasaba por el más sabio. Me contaron que su pueblo había salido de dos parejas de amantes que las olas desencadenadas habían arrojado sobre la isla durante un viaje de recreo. Según la tradición, esos amantes se adoraban á la vez, en cada pareja y por par, de modo que juntaban la amistad al amor. Esto explica la fuerza de atracción que se notaba en la raza. Al partir, porque queríamos ver de nuevo la patria, (y además, los reglamentos de la Isla se oponían á que estuvieran en ella mucho tiempo los extranjeros) nos colmaron de provisiones, frutas, telas y besos. Al salir del *harem*, nos envolvió la misma bruma, que no se disipó sino al llegar á las costas escocesas. Nunca navegante alguno había oído hablar de esa tierra encantada. Deseo, hijos míos, que abordecís un día á ella.

Hubo una pausa. El capitán miró hacia la azul llanura, deslumbrante y lisa como siempre. Los marineros movían la cabeza. Por fin, el más joven, Tom, que era de fisonomía lista, exclamó:

—Quizás lo ha soñado vd. He oído decir que angustiado por el hambre, imagina uno cosas fantásticas y confunde un mástil con una casa.

—No, no,—replicó gravemente el capitán.—Nosotros, marinos pobres é ignorantes, no somos capaces de inventar esos prodigios, y recuerdo que en medio de esos seres admirables se abría mucho mi inteligencia. Lo que veía, oía y tocaba tenía para mí un sentido que hoy no tiene.

Esta observación encastó á Shakespeare porque era sincera y probaba la fuerza de la ilusión, la cual es, con el dolor, la gran comadrona del hombre en el hombre. Que la isla estuviera pintada sobre la realidad ó en el espíritu de Blacknaff, conservaba el mismo valor, puesto que despertaba en él, en ambos casos, ideas de pureza y de belleza, que sin eso no hubiesen hallado su figura. Shakespeare mismo, ensanchando esa ficción, hallaba un beneficio; nada más curioso que un grupito de seres trasplantados por el azar, reconstruyendo una sociedad por el juego de los poderes naturales y el conflicto de las pasiones. Les veía ejecutando sobre la playa una danza de odio y de amor, cuyas treguas eran formadas por la melancolía, presas del bien y del mal, desnudas, sin el disfraz de las reglas y las preocupaciones sociales. Aquel universo en formación le enervó á tal grado que se puso de pie, se dirigió hacia la proa, se acecó y abotagado por la digestión se durmió con la cabeza entre los brazos, para evitar el cálido resplandor del mar.

No soñó, pero las partículas del mundo exterior que habían entrado en él por los sentidos, hallaban en su imaginación una existencia nueva y furtiva. Creciendo, se ornaban, se desprendían y se renían, siguiendo el ritmo de su alma, que era ella misma, compuesta, porque una parte venía de los antepasados, otra y otra, virginal y personal, salía de la savia vital. Y esas partículas del mundo exterior, que caían en el alma de los antepasados, eran destruidas por ella, porque el pasado es deyo adcr. Se confundían con viejos espectáculos, tan gastados, que ya eran gestos ó manías. Pero las arrastradas por el torbellino del alma nueva, creadora y genial, comenzaban una raza de ideas, donde algunos descubrirían, estupefactos, algo con que consolar su miseria.

—¿Quién es éste?—preguntaban al capitán Blacknaff los marineros.

—No lo sé, hijos míos. Habla poco.

—Quizás sea un astrólogo. Llévame consigo una aforja, en donde sospecho que guarda magis. ¿Si será un jettatore?

—Una vez oía decir que habían embarcado un desconocido, semejante á éste, que no decía nada. Y luego, en el camino, el mar se hinchó, la tempestad sopló y el desconocido se convirtió en un buho, que voó gritando: "¡Naufragio!, ¡Naufragio!" Y el barco se estrelló en la travesía de Jersey.

—Y, Bob y, ¡aurieron!

—Todos, salvó uno que había hecho la señal de la cruz, cuando el diablo (porque era un diablo) puso el pie en la nave.

—Yo—dijo Tom—no creo en esas historias.

—Tú no crees en nada—replicó Bobly, gruñendo;—pero ya verás... ya verás.

—¡Ah, hijos míos!—vociferó el capitán;—creo que va á ser preciso gastar aceite de brazos. La barca se está tranquila como el sudario de mi padre. Fred, coloca los remos.

El monstruo obedeció.

—Animo ahora, muchachos. Se trata de suplir al soplo del buen Dios.

Shakespeare se despertó sudoroso, y oyó una melopea lánguida, interrumpida por gritos roncós. Era sus compañeros que se apoyaban cadenciosamente sobre sus pesados remos. Les veía alzarse é inclinarse, dos á dos, frente á frente, animados por la voz de Blacknaff. Cantaban.

El "Triton" avanzaba, pero con gran lentitud, y su velamen pendía lacio: El calor era abrumante. El agua implacable reflejaba exactamente el cielo.

—Has dormido mucho, hijo de Stratford; ¿no has soñado que llegábamos á Rómula?

Las canciones seguían.

Shakespeare, cegado por el fulgurante sol, anduvo, titubeando, hacia un camarotito de tablas que se elevaba en el centro del "Triton" y servía á la vez de abrigo y de alacena. Encontró un paquete de cuerdas. La temperatura era la de un horno. Se sentó en el suelo y cogió la alfombra. Era de basta tela forrada de cuero, comprada en casa de su vecino el tío.

Johnson, quien vendía toda clase de objetos útiles á los viajeros. Tocándola con sus manos gordas y húmedas se sintió conmovido, porque en aquellos momentos era su casa, su hogar, su muda y gorda compañera de su fantasía. Había asistido á los adioses, á sus últimas vacilaciones... Y buscando en sus pliegues rugosos, quizás hubiera hallado algo de la angustia que emana de todo el ser que busca su libertad. La miraba con amor tranquilo y fiel y no se hubiera asombrado gran cosa si hubiera tomado la palabra para decirle: "Guillermo, has llegado al colmo de tus deseos. Mientras te llenas el alma de espectáculos, yo permanezco en una esquina del entrepuente y te reservo en mis flancos con qué volver hacia el pasado por el camino del recuerdo. Gracias á mí no estás solo y soy un grueso bulbo de tu raíz que te atará siempre á tu patria."

Maquinalmente contó los pliegues que se había hecho por tierra. Había siete; presagio dichoso.

La abrió; sacó primero de allí dentro un volumen usadísimo, dislocado y muy astroso. Era la "Vida de los nobles griegos y romanos," traducción de Plutarco. La compró cuando apareció, cinco años antes, á un buhonero, cuyo aire jovial y palabras gozosas recordaba siempre. Aquel había sido su primer viaje. En un momento, por ese esfuerzo secreto que descubre ante nosotros los siglos, se había hallado el contemporáneo de todos esos héroes, de todas esas heroínas de facciones regulares, cuyos gestos y frases han atravesado los tiempos. Había sentido vivir y agitarse en él personajes análogos á esos conquistadores, á esos leales, á esos falsos, á esos enamorados, á esos sabios. Cualquiera que fuese el ség, cuyas aventuras leía con pasión, huadida la cabeza entre las manos y á la luz de la lámpara, se creía su hermano, y durante muchos días era dominado, aun á través de sus sueños, por las facciones de esa cara nuevamente nacida y cuyas pasiones sufría. Como había tenido siempre amor al teatro, le parecía revestir los despejos de esos muertos ilustres, trozos de alma y restos ilusorios y que salía así sobre la vasta escena del mundo. Se agitaba, gritaba, lloraba. Veda huir las pesadas galerías con una angustia atroz. Arregaba al pueblo y maldecía la dictadura. A menudo era

una multitud y no un sér el que se apoderaba de sus músculos y de sus sentimientos. Entonces se multiplicaban, figuraban cada uno muchos papeles: caradas de puñales las manos, las lenguas de invectivas, los pechos de un orgullo inmenso. De esas orgías fantásticas salía profundamente melancólico. Era tarde. Todo el mundo dormía. La lámpara chisporroteaba fatigada. Los gritos de los niños ó el maullido fatídico de un gato tarbaban solo ese silencio poblado. Guillermo sentía en torno suyo como una fuga resbatosa de fantasmas, y bajo sus párpados febriles lucían los últimos reflejos de las corazas.

Pero ese libro le había enseñado, por una comunión tan completa, que el hombre incluye, en el estado de gérmenes, la mayor parte de las formas de la humanidad. Sabía en aquel momento que los caracteres se deducen de cierto número de sentimientos, así como se pueden escribir todos los números con algunas cifras. Una breve inclinación basta para hacer de un sabio un loco y de un glorioso un misántropo; y algunas veces la circunstancia provoca sus metamorfosis. Shakespeare, á la luz de Plutarco, se creaba cierto número de imágenes que él llamaba sus queridas y acariciaba gozoso. Una de las más queridas era una vuelta súbita de conciencia, un malvado haciéndose honrado, un cobarde en un acto heroico.

Bajo el ejemplar había un tocado antiguo, alto solideo de terciopelo á la antigua moda, de alas talladas en forma de almendras. Shakespeare lo llevaba como recuerdo de su padre, cuya cabeza ornaba hacía muchos años.

Yo estoy seguro—había dicho el viejo—que está lleno de tus ideas y que me dará excelentes consejos.

Después de esto, sacó de la alforja un traje completo: casa-ca, pantalón y cinturón, un puñal sin su vaina, una pistola y un cofrecito, que dió estreñecimientos á su mano.

Aquel cofrecito estaba trabajado de muchos metales; el estaño y el cobre pulido se destacaban como plata y oro sobre la superfine mate del plomo; y si el estaño dibujaba una corza fugitiva, el cobre representaba un cazador encarnizado en perseguirla. Esto por lo que respecta á la tapa, porque los dos lados de estaño figuraban un perro y un alcega, y los dos de cobre



bre dos perfiles de un señor de aspecto hosco. Aquel cofre pertenecía á la madre de Shakespeare. Guillermo lo conocía antes de poder darle un nombre, y los primeros gestos de sus dedos habían sido para los contornos de la corza y del cuerno, los duros relieves de los cazadores y el perro. Sus miradas tomaban allí la admiración de toda cosa brillante y lujosa. Hasta la edad de razón, las relaciones de fiestas, de juntas de señoras y de bellas damas, que tenían lugar en la casa paterna, eran ilustradas por el precioso cofre. Más tarde lo asemejaba á la caja de Pandora, y declaraba que vacía encerraba su secreto destino.

--Ten cuidado de que esté siempre lleno--le decía siempre á su madre--porque el destino que se esparce y se derrama por todas partes tiene menos probabilidades de cumplirse que cuando está concentrado. Por eso los grandes hombres y los altos árboles atraen sobre todo el rayo; porque acumulan la circunstancia.

En aquel momento no estaba vacío el cofre. Contenía un frasco de un bálsamo maravilloso para las heridas ó mordeduras de serpientes y dos pedacitos cuadrados de tela que Shakespeare consideró con enternecimiento. El uno encerraba cabellos blondos de su mujer; el otro cabellos de un blondo aún más dulce, criados de su primer amor--una niña de doce años llamada Mary, á quien él había adorado, á esa misma edad. Mary habitaba una risueña casa rodeada de árboles y de un brazo de río, á un extremo de Stratford. Habírase dicho que todos los pájaros de la vecindad tenían allí sus conciliábulo. En la alta verdura, cada hoja trina. William se extendía sobre la yerba ante el agua temblorosa. Tenía una adorable manita nerviosa que de vez en cuando oprimía la suya. Escuchaba en el armonioso pasaje de la naturaleza que hacía el crepúsculo extingue sus fuegos y se hace semihumana. Oíase ruido en el camino, voces broncas, patear de caballos ó de zuecos. Cuando volvía la cabeza, contemplaba la más maravillosa cara de la niña sonrosada en el pálido crepúsculo. Y empezaba: "Mary, te amo," y estas palabras atraían á su boca dos labios delgados que la quemaban. En tances él, para distraerla, inventaba una historia cualquiera.

Tan sencilla como fresca, Mary pedía detalles. Se asombraba á las menores contradicciones y caídas en esas delicadas aventuras que construía para ella su pequeño poeta. Algunas veces él daba la superioridad á los males y faltaba muy pequito para que la princesa Langosta fuera comida por el feroz Grillo. El se reía de la indignación de ella, y ella reía de verle reír, mientras él modificaba muy aprisa el destino de sus personajes. Ella le regaló toda una semana por la muerte de Querido Oolibri, su protagonista, y él debió reanimarle con un epiflogo improvisado.

Shakespeare, ante esos frágiles cabellos, evocó la inolvidable noche en que, arrastrado por un sentimiento extraño y nuevo había estrechado entre sus brazos á su amiga, hasta el desfallecimiento. La había tenido así, bajo las estrellas, respirando su aliento tímido, durante algunos minutos--largos, muy largos. Si mano sintió latir un corazoncito. Había comprendido, confusamente, que más se besaban sus deseos que sus cuerpos, y que el éxtasis es, como todo, incompleto. Pero nunca más, ni aun la noche de su matrimonio, había tenido un estremecimiento semejante...

En el fondo de su alforja no le quedaban más que cinco camisas de fina tela. Volvió á poner en su sitio el cofre, el traje, el sombrero, la pistola y el puñal; se quedó con el Plutarco y lo abrió (según su costumbre) al azar:

"Stralón el filósofo escribe que se vieron marchar hombres de fuego y que hubo un lacayo soldado que arrojó de su mano tremendas llamas, de manera que los que le vieron pensaron que ardía, y era, cuando el fuego se vió que no le había pasado nada malo. El mismo César, sacrificando á los dioses, se encontró una hostia inmoleta que no tenía corazón..."

Un rayo del terrible sol que atravesaba las hendideras de la pared, se halló súbito con las líneas. Largo, acerado, vivaz, tenía una apariencia de presagio. Shakespeare puso sobre él la mano, de modo que, semejante á la del lacayo soldado, arrojaba tremendas llamas. Se halló transportado al Foro un día de votación. Varios gritos dominaban un rumor confuso. Las caras estaban agrandadas, convulsionadas en sentido contrario,